

Cambios en la participación electoral en Costa Rica en el largo plazo

Ronald Alfaro-Redondo

Introducción

La reducción de la participación electoral no es un asunto trivial en los regímenes democráticos, dado que la disminución de la afluencia de electores a las urnas tiene serias implicaciones para la supervivencia y la consolidación de la democracia. Como afirmó recientemente *The Latin American Voter*, participar en los comicios puede inculcar buenos hábitos ciudadanos y los procesos electorales, como ejemplo de dichas prácticas, pueden difundir y reforzar los valores democráticos (Carlin *et al.*, 2015). Si en circunstancias normales, grandes porciones del electorado no concurren a las urnas, ello puede cuestionar la legitimidad de las autoridades. Además, los episodios de menor participación pueden interpretarse como una muestra de frágiles compromisos de los ciudadanos con las normas y los valores que rigen las democracias.

Las circunstancias relacionadas con una menor participación electoral pueden causar un efecto duradero en el comportamiento político de los individuos, alejando a los votantes desencantados del orden político y alienando a los más jóvenes que recién ingresan al electorado. Sobre todo para los nuevos votantes, esto podría tener un impacto dramático en el apoyo y la viabilidad del sistema político en el largo plazo. Al fin y al cabo, en las democracias, las elecciones se consideran los mecanismos formales para competir por el poder en lugar de recurrir a la rebelión y/o las balas (Carlin *et al.*, 2015).

Sin duda, el peor de los escenarios sería uno en el que este patrón pudiera extender la apatía de los individuos hacia la política durante toda la vida, provocando el “congelamiento” de la baja participación electoral durante décadas. Por tanto, si lo que se quiere es comprender las implicaciones del declive de la participación en las democracias maduras, primero es necesario discernir las condiciones bajo las cuales ocurren estos cambios. En ese sentido, el presente capítulo aporta evidencia empírica para entender cómo ha evolucionado la participación electoral en Costa Rica en el largo plazo.

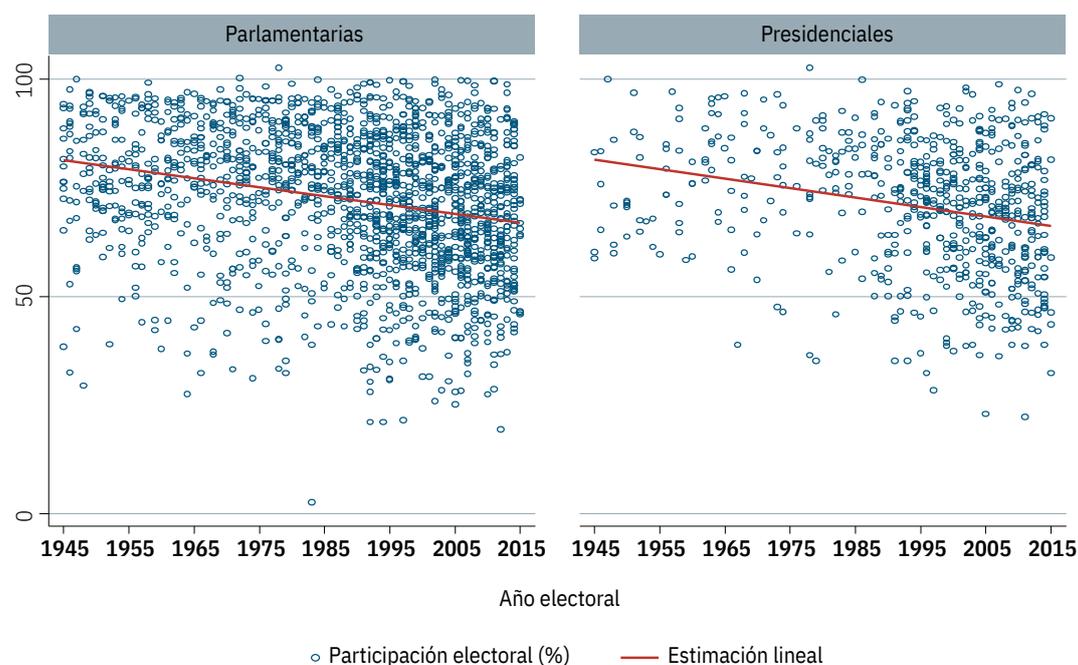
En el siguiente apartado se establece una comparación de los niveles de participación electoral del país con respecto a otras democracias del mundo, y más adelante se estudiarán los patrones de participación del universo de votantes en las últimas siete elecciones (1994-2018).

¿Cómo ha cambiado la concurrencia a las urnas a través del tiempo?

Antes de analizar el comportamiento de la participación electoral en el largo plazo en Costa Rica, a continuación se realiza un repaso de las tendencias agregadas observadas en esta materia en siete décadas a nivel mundial. Para ello se utiliza la base de datos de participación electoral (*Voter Turnout Dataset*) del Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral (IDEA, por su sigla en inglés) con 2.608 observaciones en un total de 199 países (IDEA, disponible en: <http://www.idea.int/vt/viewdata.cfm>), separado por elecciones presidenciales y parlamentarias, entre 1945 y 2015.

Las tendencias reflejadas en el gráfico 3.1 son bastante claras: la participación electoral disminuyó con el tiempo y la reducción fue más elevada en las elecciones parlamentarias que en las presidenciales.

GRÁFICO 3.1

Participación electoral a nivel mundial. 1945-2015

Fuente: Elaboración propia.

No obstante, la interpretación anterior puede resultar engañosa y problemática porque el gráfico ignora, por propósitos de ilustración, el estado democrático de los países en distintos momentos de la historia. Debido a que también se realizan elecciones en algunas sociedades no democráticas, es preferible refinar la descripción al realizar gráficos de la participación en las naciones democráticas. Al analizar la conocida clasificación de Freedom House de regímenes políticos entre los casos “libres” y democráticos es posible concluir que los cambios en la participación electoral son más destacados en las contiendas presidenciales.

Sin embargo, este hecho lleva a cuestionar si algún otro factor, como el voto obligatorio, es la causa de estos resultados. La literatura ha demostrado que los habitantes de países donde el sufragio es obligatorio acuden más a las urnas que en los casos en los que no existe dicha imposición (Hirczy, 1994; Franklin, 1999; Blais, 2006; Hill, 2006; Carreras, 2016), particularmente en las elecciones presidenciales.

Cuando se delimita el análisis a las democracias maduras, es decir, a aquellas naciones clasificadas como democracias en 2010 y que han sido democracias más de veinte años consecutivos, la evidencia empírica confirma los dos hallazgos anteriores. Primero, que las democracias maduras han experimentado una reducción drástica en la participación electoral en el largo plazo. Segundo, que la tendencia es muy similar cuando se comparan las elecciones presidenciales y las parlamentarias. En síntesis, los datos descritos revelan el declive a largo plazo de la participación electoral alrededor del mundo en los últimos setenta años. Si bien las implicaciones de este patrón tan extendido pueden variar entre casos, si se toman en consideración los antecedentes políticos de los países, lo cierto es que esto puede dejar una gran “huella” en aquellos votantes que ingresan a la política en una etapa en la que los niveles de participación electoral están entre los más bajos de la historia. En este sentido, en el siguiente apartado se describe la evolución histórica de la asistencia a las urnas en Costa Rica.

Datos para estudiar los cambios en la participación electoral de manera dinámica

A diferencia de lo reportado en encuestas o estudios sincrónicos, donde se informa de niveles de participación electoral en un momento determinado (2018, por ejemplo), los análisis longitudinales estudian este fenómeno en distintos momentos, y su mayor fortaleza es la continuidad en el tiempo. De este modo, lo que interesa aquí son las trayectorias de la participación durante veintiocho años de registros de votaciones.

Estimar los patrones de participación electoral a lo largo de la historia ha demostrado ser intrínsecamente difícil para los científicos sociales y politólogos, en particular por la ausencia de datos apropiados para tal fin. Uno de los métodos más utilizados para comprender los cambios en las tendencias de la participación electoral es mediante estudios longitudinales que dan un seguimiento de cómo se comportan los individuos con el paso del tiempo. Otro procedimiento son las encuestas destinadas a examinar esa misma conducta.

Cada uno de estos métodos tiene desventajas significativas y la principal debilidad es que ambos se basan en medidas autorreportadas de participación que informan de manera sesgada o inflan las tasas de votación. Un desafío importante para los estudios de panel y las encuestas es que requieren datos sobre el comportamiento electoral validado que a menudo no se encuentra disponible. Los datos de un panel a nivel individual que incluyen el comportamiento de votación real para el universo de votantes superan estas limitaciones y proporcionan una perspectiva causal apropiada para explicar la dinámica de la participación electoral.

Los datos longitudinales del presente capítulo incluyen el comportamiento real de votación de todos los electores en siete de las elecciones presidenciales más recientes en el territorio nacional (1994-2018). Este conjunto de datos es una fuente excepcionalmente rica para el estudio del asunto que se trata en estas páginas. Hasta donde se sabe, solo Costa Rica pone a su disposición

una base de datos única para todo el electorado, lo que permite explorar por completo los determinantes de la participación de los usuarios y las condiciones en las que se producen cambios en la conducta política.

Los datos para el análisis se basan en la información oficial de la participación electoral recopilada por el TSE después de cada elección nacional. Tan pronto como los votantes cumplen 18 años, aparecen en la lista de elegibles. Debido a que el registro de votantes es una condición necesaria para la participación electoral, el registro automático, como el existente en Costa Rica, elimina del análisis el problema de combinar dos tipos diferentes de comportamiento: la decisión de registrarse y la decisión de votar. Además, el uso de registros oficiales de participación de votantes a nivel individual permite estudiar a toda la población con edad de votar, incluidos aquellos electores que nunca han participado en algún comicio. Así mismo, el registro automático descarta el sesgo de selección relacionado con el registro voluntario porque se examina el universo de votantes potenciales. En síntesis, los datos utilizados permiten un mejor seguimiento de los cambios en el comportamiento de los individuos cada vez que hay un evento significativo en su vida.

Añadido a lo anterior, todos los votantes en el conjunto de datos (excepto quizás aquellos con edad muy avanzada) han vivido bajo un régimen democrático todo el tiempo.¹ Esta condición está ausente en cualquier otro lugar de América Latina debido al patrón de democratización “oscilante” que ha prevalecido en la región. Por tanto, todos los votantes con esas características han estado expuestos a los mismos estímulos (una democracia), una condición peculiar que permite descartar, en este estudio, el efecto a corto plazo del cambio de régimen en la participación.

Este conjunto de datos incluye aproximadamente dos millones de observaciones por cada elección y dieciocho millones de observaciones en total.² No hay datos faltantes en las variables dependientes en ninguno de los casos y, como ya se ha mencionado antes, la unidad de análisis son los votantes en siete contiendas electorales, a lo largo de veintiocho años. Es necesario remarcar que el uso de la participación electoral real evita los problemas de inflación en la tasa de participación reportada, que caracteriza a todos los datos de las encuestas poselectorales.

El TSE facilitó la información para el análisis de la conducta del electorado costarricense en los comicios mencionados. Para cada uno de esos procesos se contó con una base de datos que incluye información de la persona (edad, sexo, distrito administrativo de residencia), así como de su comportamiento (votante o abstencionista). Toda esta información se agrupó en una “base madre”, usando como código común el número de cédula de identidad del elector. Este identificador es exhaustivo y exclusivo, pues todos los votantes poseen un número de cédula

1 Según Wolfinger y Rosenstone (1980), el registro aumenta el costo de la votación. Los ciudadanos deben primero realizar una tarea separada, la cual carece de la gratificación inmediata que caracteriza a otras formas de expresión política (como la votación).

2 La votación en ausencia no se encuentra disponible en Costa Rica y los votantes que viven en el extranjero no pudieron emitir su voto hasta las elecciones presidenciales de 2014.

que además es diferente para cada uno de ellos. El siguiente paso fue transformar la base madre en una base de datos de panel de electores, con siete observaciones para cada persona. Es decir, cada individuo debe aparecer la misma cantidad de veces que observaciones en el tiempo, en este caso, siete.

En estos estudios, una gran proporción de los votantes se mantiene a lo largo del tiempo, aunque existen varias razones naturales por las que algunos de ellos no aparecen en el padrón en las siete elecciones. Por ejemplo, algunos fallecieron entre un proceso electoral y el siguiente; otros pudieron tener su cédula vencida por más de un año y no la renovaron (ambos motivos generan su salida automática del padrón), en tanto que otros tal vez estaban fuera del país e incluso se debe considerar a aquellos que recién se incorporaban al electorado en los últimos comicios analizados. En síntesis, no todos los votantes han tenido la posibilidad de participar en la misma cantidad de elecciones, aunque una amplia mayoría de ellos sí pudo hacerlo las siete veces.

La base de datos utilizada refleja las entradas y salidas normales de los electores en el padrón. El número total de observaciones fue 18.948.930, cifra que resulta de sumar los votantes empadronados en una, alguna o en todas las contiendas electorales del período estudiado (1994-2018).

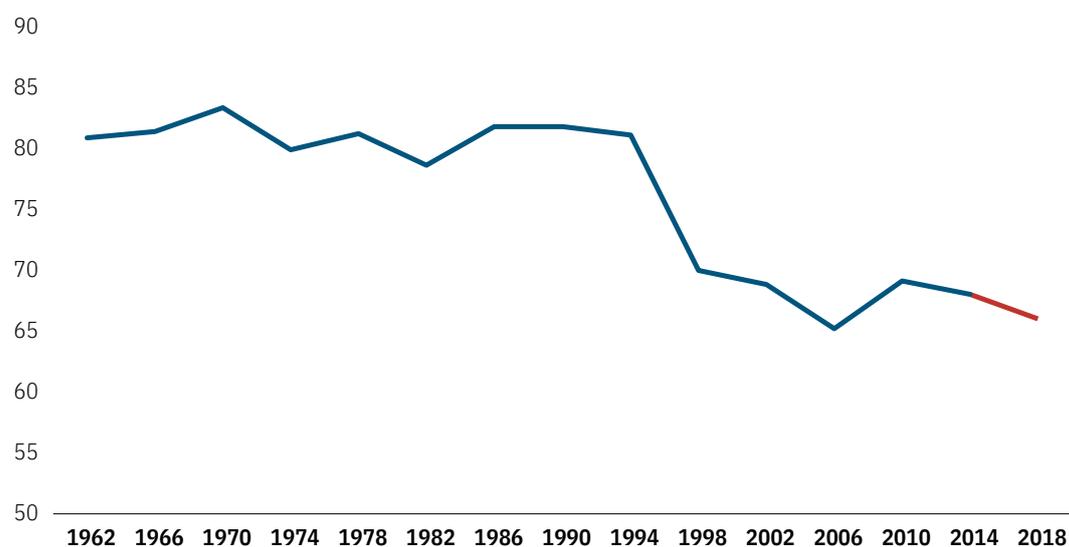
Cambios demográficos de largo plazo en el electorado impactan la participación

El electorado costarricense atraviesa por un largo proceso de envejecimiento ligado a los cambios demográficos, transformaciones que tienen grandes repercusiones en las sociedades y en los sistemas políticos. En este capítulo se analizan los efectos políticos de estos profundos cambios demográficos en el electorado en la disposición de los individuos a votar (Melton, 2014; Plutzer, 2002). En concreto, en el ámbito político esta recomposición del padrón provoca que la ciudadanía que decide en época de elecciones experimente variaciones y reajustes, de manera que algunas generaciones de votantes se tornan intrascendentes, mientras otras ganan relevancia.

Tras una larga tradición de alta participación electoral, con niveles de concurrencia a las urnas generalmente por encima del 75% entre 1962 y 1998,³ la participación ha disminuido de manera significativa en las últimas siete elecciones (1994-2018), como se puede observar en el gráfico 3.2. En efecto, en 2006 el número de votantes llegó a su punto histórico más bajo: un 65% del electorado. En 2010 hubo un pequeño aumento que no cambió la tendencia observada desde 1998. Por su parte, los comicios de 2018 registraron el segundo porcentaje más bajo de concurrencia: 2 de cada 3 electores salieron a votar.

³ Los porcentajes más bajos durante la década de 1950 se atribuyen a los efectos posteriores al conflicto, como el exilio forzado de parte de la élite política y algunos votantes. El incremento en 1962 se ha relacionado con la reincorporación de votantes exiliados después del episodio de la guerra civil.

GRÁFICO 3.2

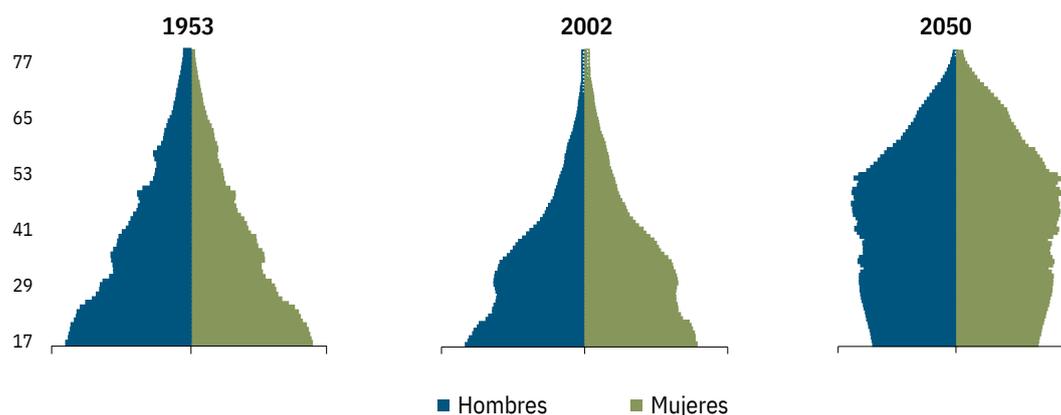
Porcentaje de participación electoral en Costa Rica. 1953-2018

Fuente: Elaboración propia.

En 1986 el promedio de edad de los votantes era de 37 años, mientras en 2017 ese promedio ascendió a 42 años. El gráfico 3.3 muestra las pirámides de la distribución de edades simples del padrón electoral en tres momentos distintos a lo largo de un siglo: 1953, 2002 y la proyección de la población elegible en 2050. Al analizar el gráfico, la pirámide poblacional electoral de 1953 presenta en la base a los votantes más jóvenes, la mayor concentración de casos (la típica distribución piramidal de población).

En términos absolutos, el padrón a mediados del siglo XX estaba dominado por el grupo de votantes que en ese entonces tenía entre 18 y 34 años. Si bien ese era el grupo mayoritario, no necesariamente se trataba del grupo etario que más participaba. Alrededor de cincuenta años más tarde, en 2002, la distribución por edades de la población electoral ya no se asemejaba a la forma tradicional de una pirámide, pues a la concentración de votantes mencionada se agregó un segundo conjunto en importancia que agrupaba a quienes tenían entre 44 y 54 años. Contrario a lo que se piensa, ya para 2002 los votantes más jóvenes no eran el grupo dominante en el electorado, sino que competían con los adultos de edad media y estos últimos aventajaban a los primeros en cuanto a participación.

GRÁFICO 3.3

**Pirámides de la población en edad de votar por edades simples.
1953, 2002, 2050**

Fuente: Elaboración propia.

En la actualidad, las generaciones de votantes jóvenes y de edad media constituyen el segmento más numeroso del electorado. Sin embargo, en el futuro cercano el padrón experimentará, de manera gradual, una profunda transformación demográfica que ocasionará que los votantes de mayor edad desplacen a cohortes de electores más jóvenes, las cuales perderán peso, como se aprecia en la proyección de la composición del padrón de 2050 (gráfico 3.3). En la práctica, este cambio provocará que las diferencias intergeneracionales se acentúen, y se refuercen los rasgos intrageneracionales. En otras palabras, a mediados del siglo XXI el comportamiento electoral de las generaciones de mayor y menor edad será cada vez más desigual y, además, los patrones de cada cohorte se tornarán más homogéneos; es decir, se ampliarán las brechas generacionales y se manifestarán en el ámbito de la política electoral.

Los recambios generacionales del electorado en las sociedades son lentos y acostumbran a pasar desapercibidos en la opinión pública. No obstante, la reconfiguración demográfica de la población en edad de votar es una de esas transformaciones irreversible que impactará la forma en la cual los individuos conviven y socializan en democracia.

Partidos y electores se alejan

En el caso costarricense, es muy previsible que la composición etaria (presente y futura) de la población en edad de votar tenga como mínimo dos efectos discernibles. En primer lugar, los ciudadanos de distintas edades se identifican con los partidos políticos y candidatos en diferentes intensidades, algunos más y otros menos. Por ejemplo, los votantes que hoy día tienen 50 años o más, es decir, aquellos que nacieron en 1969 o antes, fueron socializados por sus progenitores o familiares, quienes experimentaron los conflictos sociopolíticos de la década de los cuarenta y sus repercusiones posteriores. Estos ciudadanos heredaron de sus familiares una sólida identidad partidaria y un mayor activismo político. En virtud de ello, lo más esperable es que este grupo de electores mantenga a lo largo de su vida un vínculo fuerte con los partidos políticos surgidos al calor de esos acontecimientos y que, a su vez, le sea más difícil perder dicho ligamen. Sin embargo, en ausencia de eventos, episodios o actores que la refuercen, la identificación partidaria de estas personas se ha debilitado o empezado a desvanecerse con el paso del tiempo a tal punto que algunas incluso desestiman apoyar al partido habitual. Para una proporción considerable de ellos es más fácil dejar de votar que confiar en un partido distinto al que solían respaldar. No obstante, otra parte del electorado decide apoyar a una agrupación distinta.

Por otro lado, entre los votantes menores de 50 años predomina un mayor desarraigo con los partidos políticos de manera que, incluso entre los empadronados más jóvenes (los nacidos durante la década de 1980 y después) dichos vínculos son casi inexistentes. En la práctica, la manera en la que estos ciudadanos se relaciona con la política tiene poco o nada que ver con los partidos políticos o simplemente no pasa por ellos. El cuadro 3.1 muestra las marcadas diferencias entre el activismo político de los costarricenses en dos momentos distintos: 1980 y 2017. Además de esas diferencias, en 2017 solo un 11% manifestó haber colaborado en transporte de votantes, un 13% dijo haber visitado casas para convencer a electores y tan solo un 15% dijo haber sido guía partidario en las afueras de los recintos de votación.

CUADRO 3.1

Durante la última campaña, usted...

(porcentaje de personas que respondieron que sí lo hicieron)

	1980	2017	Diferencia (puntos porcentuales)
Puso bandera y calcomanía	43	16	-27
Contribuyó con dinero	9	2	-7
Asistió a alguna reunión política	41	18	-23

Fuente: LAPOP (1980) y CIEP (2017).

La fuerte desconexión entre ciudadanía y partidos no ocurrió de la noche a la mañana, sino que ha sido un distanciamiento sostenido a lo largo del tiempo. Por ejemplo, en 2017 se preguntó a los entrevistados si sus padres simpatizaban con algún partido antes (CIEP, 2017). El 80% de ellos dijo que sí. Enseguida se les consultó si sus padres simpatizaban con algún partido en la actualidad y solo el 51% de ellos respondió afirmativamente. Entre los consultados de 34 años o menos esa cifra baja al 46%. En parte, la pérdida de simpatía partidaria mencionada se explica por el elevado descrédito de los partidos. Distintos estudios de opinión revelan que los partidos son, junto con la Asamblea Legislativa, las instituciones con menores niveles de confianza de la ciudadanía (Lapop, 2016).

Si bien es cierto que los costarricenses se muestran cada vez más críticos con los partidos y han perdido su identidad partidaria, la evidencia disponible también refleja que ese desarraigo no va acompañado (al menos por ahora) de la idea de que para que la situación política del país mejore sería necesario que desaparezcan las agrupaciones políticas. Por el contrario, los datos disponibles (CIEP, 2017) demuestran que el 89% de los costarricenses está en desacuerdo con la idea de que los partidos dejen de existir. Además, el 86% opina que si los partidos políticos desaparecieran no habría democracia o la democracia funcionaría peor. Inclusive, en una época de fuerte descrédito popular, un tercio (33%) de las personas consultadas manifestó que aceptaría un puesto en una papeleta si se lo ofreciera un partido político. Esto quiere decir que aun y cuando la población cuestione con dureza a los partidos políticos, ello no tiene como fin principal acabar con ellos. Los ciudadanos y las ciudadanas reconocen a los partidos como instituciones fundamentales de la democracia y no pasa por su mente la idea de una democracia sin partidos, pues estos siguen siendo vistos como los mecanismos formales para acceder a la competencia electoral y finalmente al poder político. Desde este punto de vista, los partidos no están en peligro de desaparición, a pesar de que persisten los desafíos de reinventarse como instituciones legítimas y confiables y la reconstrucción de los vínculos con amplios sectores sociales.

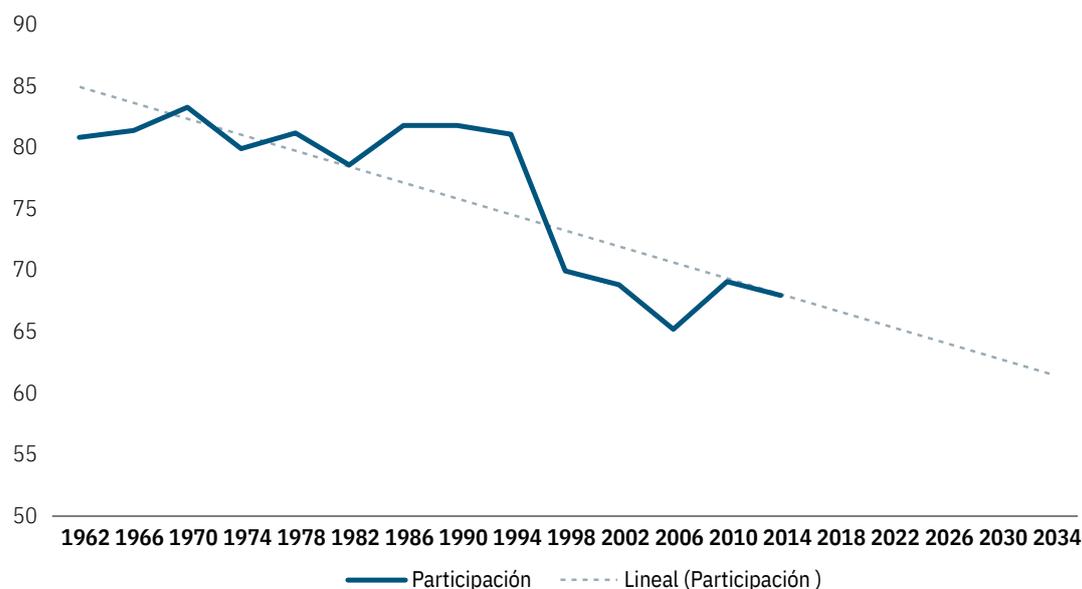
Brechas generacionales se profundizan en la participación electoral en el largo plazo

Tras el análisis realizado en el apartado anterior del primer efecto esperado de la transformación demográfica del padrón electoral, el segundo está relacionado con la asistencia a las urnas de esos votantes. Al respecto, una consecuencia directa del debilitamiento de las identidades partidarias entre los ciudadanos, particularmente entre los más jóvenes, es la caída en la participación electoral (Franklin, 2004; Franklin, Lyons y Marsh, 2004). Una adscripción partidaria fuerte reduce de manera significativa los costos de dos decisiones claves en una democracia: la primera es si ejercer el voto para designar a las autoridades de gobierno y la segunda se refiere a quién apoyar. En este escenario, los electores no invierten tiempo y recursos en la búsqueda de información sobre los candidatos, no se enfrentan al dilema de escoger entre opciones y, en general, no son persuadidos por las campañas.

Debido a lo anterior, la disposición a votar es alta, pues los electores se deciden temprano en la campaña y las preferencias electorales son estables. En un contexto de baja identidad partidaria, como el actual, los costos individuales asociados a estas decisiones se incrementan porque los electores no recurren a su referente identitario como guía para decidir y necesitan procesar grandes cantidades de información para evaluar a los candidatos y sus propuestas, seguir con detenimiento las campañas, lo publicado en los medios de comunicación y la enorme cantidad de publicidad electoral. Todo ello demanda tiempo y recursos de los individuos, que son escasos. Como resultado, la probabilidad de un alto abstencionismo es mayor, así como la fluidez en las preferencias de votantes que postergan las decisiones hasta la recta final de la campaña e incluso al propio día de la elección (Pignataro, 2017).

Producto de los cambios mencionados, los votantes de mayor edad se desmovilizan electoralmente y acuden menos a las urnas que en el pasado. Por su parte, los jóvenes, ingresan al electorado en una época de baja participación y menor motivación para votar. La combinación de estas circunstancias impulsa la participación electoral a la baja en el largo plazo y, de no haber hechos o actores que modifiquen esos patrones, no se vislumbran cambios o fuerzas que alteren dichas tendencias. En estas condiciones, el mayor riesgo es que la propensión de menor participación electoral observada desde 1998 se “congele” por varias décadas o incluso se profundice al impactar con fuerza a los votantes primerizos. El gráfico 3.4 muestra dos aspectos: el avance de la participación electoral de los costarricenses a lo largo de los últimos 56 años, y la proyección de la concurrencia a las urnas en las próximas cinco elecciones (entre 2018 y 2034) basada en los niveles de participación observados en todos los comicios anteriores. Como se aprecia, si los niveles futuros de afluencia a las urnas se comportan como lo han venido haciendo hasta ahora, la tendencia de la participación esperada disminuye y cae a sus niveles históricos más bajos.

CUADRO 3.4

**Participación electoral observada y estimada, en porcentajes.
1962-2034**

Nota: se excluye de este análisis la participación en 1953 y 1958 por las condiciones atípicas de esas dos elecciones (por ejemplo, amplios sectores del electorado viviendo en el exilio).

Fuente: Elaboración propia.

En este sentido, una de las principales conclusiones de la literatura especializada sobre participación política señala que un factor que deja una profunda huella en el grado de activismo de los ciudadanos a lo largo de sus vidas está relacionado con los niveles de participación electoral de estos votantes cuando tuvieron derecho a sufragar por primera vez o las primeras veces que pudieron hacerlo (Alfaro-Redondo, 2014; Green y Shachar, 2000; Melton, 2014; Meredith, 2009; Nickerson, 2008; Plutzer, 2002).

Dicho de otra manera, para entender los patrones de votación de los electores actuales es necesario examinar los cotas de activismo en las urnas de la generación de electores con la que empezó a votar. De este modo, lo importante entonces no es el nivel de participación electoral más reciente, sino cuáles fueron los cotas de activismo en sus inicios como electores, pues eso marcará los patrones en el futuro. En resumen, no es lo mismo empezar a votar en una época de alta participación que hacerlo en un período de baja concurrencia electoral, pues si a un ciu-

dadano le corresponde empezar a votar en un período de baja participación, lo esperable es que manifieste un menor arraigo al voto.

Al respecto, un análisis en profundidad de la participación electoral por edades en las últimas diez elecciones (1982-2018) refleja dos patrones (cuadro 3.2). Por un lado, las grandes disparidades intra e intergeneraciones. En cuanto a las primeras, la generación de electores nacidos entre 1965 y 1968 empezó sufragando a niveles del 85% en su primera elección en 1986 y casi veinte años después, en 2014, ese nivel se redujo al 71%. La generación que le sigue (nacidos entre 1969 y 1972) muestra un patrón similar.

Por otro lado, en lo concerniente a las disparidades entre conjuntos de votantes, el análisis muestra que quienes nacieron entre 1961 y 1964 votaron en porcentajes del 81% cuando alcanzaron los 18 años en 1982. Por su parte, los electores que nacieron entre 1985 y 1988 sufragaron a un nivel del 64% (17 puntos porcentuales menos) en su primera elección en 2006. Según los datos de las elecciones más recientes (2018), el porcentaje de participación de la generación más joven del padrón, que nació entre 1997 y 2000, fue de tan solo el 60%. En síntesis, al cabo de 36 años, la concurrencia a las urnas de los votantes primerizos se ha reducido 19 puntos porcentuales (de 81% a 60%) y la proyección a futuro apunta a que aumente el abstencionismo.

Cuando a estos electores más jóvenes les corresponda socializar a futuras generaciones de votantes, les transmitirán un menor arraigo al voto que el que ellos recibieron. En este contexto, los efectos del ciclo de vida se podrían prolongar durante varias elecciones en el futuro sin variaciones, a menos que nuevos episodios o actores políticos le den un diferente significado a la conducta del voto.

CUADRO 3.2

Participación electoral por cohortes de votantes, en porcentajes. 1982-2018

Nacidos en	Elección									
	1982	1986	1990	1994	1998	2002	2006	2010	2014	2018
1961-1964	81	81	81	81	70	71	68	72	72	70
1965-1968		85	81	81	69	70	67	72	71	70
1969-1972			84	80	67	68	65	71	70	69
1973-1976				82	66	65	64	69	69	68
1977-1980					70	65	62	68	68	68
1981-1984						68	62	66	67	67
1985-1988							64	65	66	65
1989-1992								68	65	63
1993-1996									66	60
1997-2000										60

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del TSE.

Además de la evidencia disponible, queda claro que los comicios de 1998, en los cuales se produjo la mayor reducción de la participación, marcaron un punto de inflexión para todas las generaciones de votantes y no solo en algunas. Todas las cohortes de votantes, sin excepción, experimentaron disminuciones significativas en sus niveles de participación; es decir, hay un antes y un después de 1998 en cuanto a la participación electoral en Costa Rica (Raventós *et al.*, 2005; Ramírez, 2010). Esto es lo que se considera un efecto de época en la literatura sobre conducta generacional y participación en política.

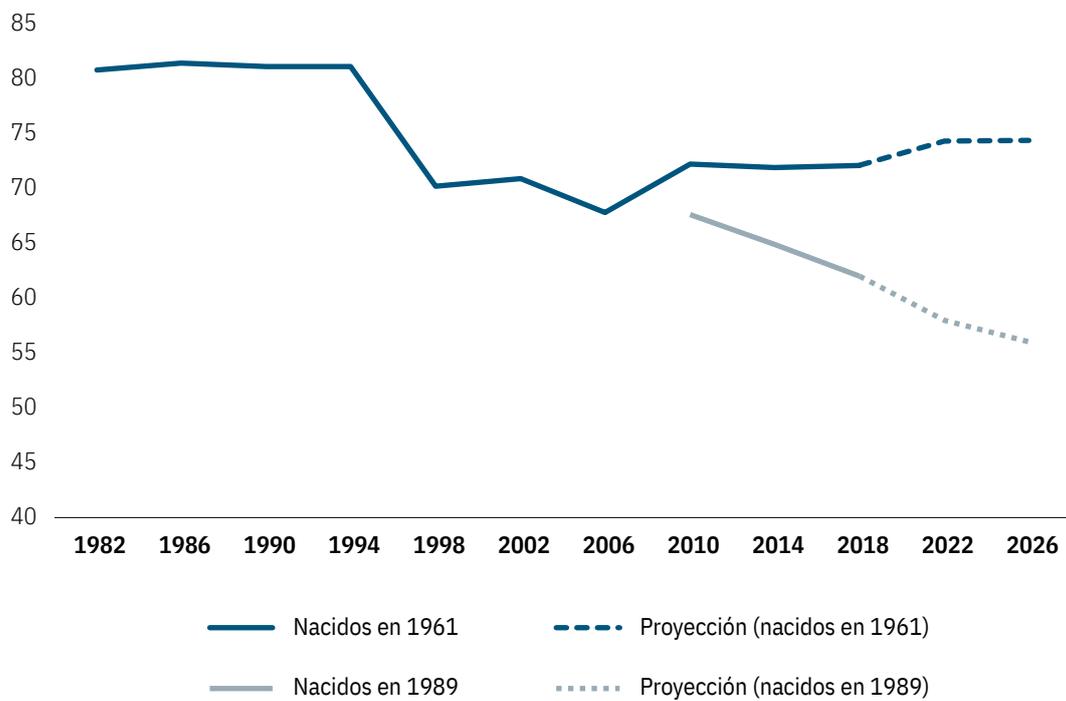
Mediante un ejercicio de simulación utilizando los patrones de participación observados en dos generaciones distintas de votantes, los nacidos entre 1961 y 1964 y entre 1989 y 1993, es posible proyectar la participación electoral futura y comparar las diferencias en las tendencias entre estos grupos (gráfico 3.5). Para calcular los niveles futuros de participación se utilizó el escenario más cercano a los patrones observados en la realidad; o sea, la concurrencia a las urnas de estos dos grupos se mantendrá en niveles comparables a los reportados hasta 2018.

El principal hallazgo de este ejercicio es que mientras la proyección actual de los votantes que en 2018 rondaban los 55 años de edad apunta a que se mantendrá igual o incluso sufrirá un pequeño crecimiento en las siguientes dos elecciones (2022 y 2026), la estimación de la participación electoral del grupo que en 2018 tenía alrededor de 35 años exhibe el patrón inverso

al mostrar reducciones sostenidas en el mismo período. Como ya se ha mencionado, una de las principales razones de este comportamiento está relacionada con la forma en la que fueron socializados políticamente estos electores, el primer grupo con un mayor arraigo al voto y el segundo con una menor disposición a votar. En este escenario, la brecha de participación entre ambas generaciones de electores continuará ensanchándose en comparación a lo visto en los datos oficiales de 2018 (Zuckerman, 2005).

GRÁFICO 3.5

Participación electoral real y proyectada al futuro para dos generaciones de votantes. 1982-2026



Fuente: Elaboración propia a partir de datos oficiales del TSE.

Si bien es cierto que la participación electoral ha disminuido en el largo plazo y las brechas generacionales se están ensanchando, con todo, los costarricenses aún poseen una fuerte cultura cívica y una sólida creencia en el sufragio. Como muestra de ello, la recopilación de los patrones de votación del universo de electores habilitados para sufragar en siete elecciones (1994-2018), que reúne aproximadamente a 19 millones de observaciones, revela que la gran mayoría de costarricenses, 2 de cada 3, son votantes habituales (han votado siempre cuando han podido) o lo han hecho con frecuencia. Al mismo tiempo, sobresale el hecho de que casi la mitad de los empadronados (45%) ha ejercido este derecho todas las veces en las que ha estado habilitado (gráfico 3.6). Por último, solo 6 de cada 100 costarricenses no ha participado sin motivo alguno, a esto se le considera un abstencionista habitual (Raventós *et al.*, 2005; Ramírez, 2010).

GRÁFICO 3.6

Patrones de participación de los votantes empadronados en el período 1994-2018^{a/}



a/ Los patrones están basados en el comportamiento del universo de votantes en seis elecciones nacionales (1994, 1998, 2002, 2006, 2010 y 2014) y consideran el hecho de que no todo el electorado ha estado empadronado la misma cantidad de elecciones.

Fuente: Elaboración propia a partir de datos oficiales del TSE.

Conclusión

La participación electoral es uno de los asuntos más estudiados del comportamiento político a nivel mundial. La literatura sobre esta temática es muy extensa y se han realizado grandes esfuerzos para estudiar los patrones, los factores determinantes y las implicaciones de dicho fenómeno. Existen múltiples y diversas teorías disponibles para explicar por qué los individuos votan, de manera que se cubre una gran gama de tradiciones teóricas, entre las que se encuentran explicaciones económicas, institucionales, de comportamiento, biológicas, sociológicas, antropológicas, históricas y psicológicas. Al mismo tiempo, las metodologías aplicadas al estudio de la participación incluyen encuestas, estudios longitudinales y, más recientemente, experimentos sociales. Los tópicos analizados son amplios, abarcan todas las regiones del mundo y los grupos estudiados también son abundantes: jóvenes, adultos mayores, minorías y el votante promedio. Además, el número de votantes se ha analizado en una gran cantidad de regímenes políticos que incluye tanto democracias consolidadas como nuevas.

Saber por qué unas personas votan y otras no ha sido el tema principal de un gran número de investigaciones y de literatura (Matsusaka y Palda, 1999). Así mismo, los expertos debaten si existe evidencia de una disminución en la asistencia a las urnas en democracias industrializadas y otras naciones en desarrollo (Nie *et al.*, 1976; Powell, 1986; Teixeira, 1987; Flickinger y Studlar, 1992; Wattenberg, 1998; Blais *et al.*, 2004; Franklin, 2004; Lewis-Beck, 2008). Dos contribuciones importantes en las últimas dos décadas también han ofrecido explicaciones sobre esta materia en particular en Costa Rica (Raventós-Vorst *et al.*, 2005; Ramírez *et al.*, 2010). En conjunto, todas estas contribuciones han constatado los principales factores determinantes que influyen el comportamiento político de las personas.

La afluencia a las urnas ha disminuido en buena parte de las democracias en las últimas siete décadas. A pesar de que las consecuencias de este patrón tan extendido difieren entre casos, si se toman en consideración los antecedentes políticos de los países, lo cierto es que esto tiene el potencial para dejar una “huella” y marcar el nivel de participación inicial en aquellos votantes que ingresan a la política en una etapa en la que los niveles de participación electoral están entre los más bajos de la historia.

La combinación del debilitamiento de las identidades políticas (analizada en profundidad en el capítulo 4) y los cambios demográficos de largo plazo en el electorado no favorecen la concurrencia a las urnas. Desde el punto de vista de la población elegible, en la práctica esta transformación hará que las diferencias intergeneracionales se acentúen y que se refuercen los rasgos intrageneracionales. Un análisis en profundidad de la participación electoral desagregado por edades en las últimas diez elecciones (1982-2018) refleja grandes disparidades intra e intergeneracionales.

Por su parte, en lo que respecta al vínculo partidos-ciudadanos, la población se identifica con los partidos políticos y candidatos en diferentes intensidades, algunos más y otros menos. Entre los votantes de mayor edad hay una mayor cercanía con las agrupaciones políticas, mientras que

entre los jóvenes sobresale la desvinculación partidaria. En términos prácticos, esta desconexión influye en el comportamiento electoral, pues la identidad partidaria es el principal movilizador del voto. En este entorno, existe el peligro de que la propensión de menor participación electoral observada desde 1998 se mantenga por varias décadas o incluso empeore al impactar fuertemente a los votantes primerizos.

Finalmente, aunque es un hecho que la participación electoral ha disminuido en el largo plazo, otro análisis realizado para este capítulo demuestra que los costarricenses conservan una cultura cívica aguerrida y una consolidada creencia en el sufragio. A esta conclusión se llegó tras estudiar los patrones de votación de los ciudadanos habilitados para sufragar en siete elecciones (1994-2018). En un país donde no existen sanciones por no votar, como ocurre en otras naciones, una robusta identidad cívica compensa en las urnas la debilidad de la identidad partidaria.

Bibliografía

- Alfaro-Redondo, R. (2014). "Lifecycle changes and the activation of habitual voting: The case of Costa Rica." *Electoral Studies* 35(0): 188-199.
- Alfaro-Redondo, R. (2019). *Divide y votarás*. San José: Programa Estado de la Nación.
- Blais, A. (2006). "What affects voter turnout?" *Annual Review of Political Science* 9(1): 111-125.
- Blais, A., E. Gidengil and N. Nevitte (2004). "Where does turnout decline come from?" *European Journal of Political Research* 43(2): 221-236.
- Carlin, R., M. Singer and E. Zechmeister (2015). *The Latin American Voter*. Michigan: University of Michigan Press.
- Carreras, M. (2016). "Compulsory Voting and Political Engagement (Beyond the Ballot Box): A Multilevel Analysis." *Electoral Studies*.
- CIEP-UCR. (2017). *Panel Electoral y Encuestas de opinión pública CIEP*. Recuperado de <https://ciep.ucr.ac.cr/index.php/proyectos/encuestas-de-opinion>
- Flickinger, R. S. and D. T. Studlar (1992). "The disappearing voters? Exploring declining turnout in Western European elections." *West European Politics* 15(2): 1-16.
- Franklin, M. N. (1999). "Electoral engineering and cross-national turnout differences: what role for compulsory voting?" *British Journal of Political Science* 29(01): 205-216.
- Franklin, M. N. (2004). *Voter turnout and the dynamics of electoral competition in established democracies since 1945*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Franklin, M. N., P. Lyons and M. Marsh (2004). "Generational Basis of Turnout Decline in Established Democracies." *Acta Politica* 39(2): 115-151.

- Green, D. P. and R. Shachar (2000). "Habit Formation and Political Behaviour: Evidence of Consuetude in Voter Turnout." *British Journal of Political Science* 30(4): 561-573.
- Hill, L. (2006). "Low Voter Turnout in the United States Is Compulsory Voting a Viable Solution?" *Journal of Theoretical Politics* 18(2): 207-232.
- Hirczy, W. (1994). "The impact of mandatory voting laws on turnout: A quasi-experimental approach." *Electoral Studies* 13(1): 64-76.
- Lapop. 1980. Americas Barometer Surveys Database. Nashville TN: Proyecto de Opinión Pública de América Latina, Universidad de Vanderbilt.
- Lapop. 2016. Americas Barometer Surveys Database. Nashville TN: Proyecto de Opinión Pública de América Latina, Universidad de Vanderbilt.
- Lewis-Beck, M. S. (2008). *The American Voter Revisited*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Matsusaka, J. G. y Palda, F. (1999). Voter turnout: How much can we explain? *Public Choice*, 98(3): 431-446.
- Melton, J. (2014). "Why Is Voting Habit-Forming?: Evidence From Sweden". Unpublished paper.
- Meredith, M. (2009). "Persistence in political participation." *Quarterly Journal of Political Science* 4(3): 187-209.
- Nickerson, D. W. (2008). "Is Voting Contagious? Evidence from Two Field Experiments." *American Political Science Review* 102(1): 49-57.
- Nie, N. H., Verba, S. y Petrocik, J. R. (1976). *The changing American voter*. Cambridge: Harvard University Press.
- Pignataro, A. (2017). Time of Voting Decision in the Era of Dealignment: The Case of Costa Rica in 2014. *Política y gobierno*, 24(2): 409-434.
- Plutzer, E. (2002). "Becoming a Habitual Voter: Inertia, Resources, and Growth in Young Adulthood." *American Political Science Review* 96(01): 41-56.
- Powell, G. B. (1986). American Voter Turnout in Comparative Perspective. *The American Political Science Review*, 80(1): 17-43.
- Ramírez, O (ed.) (2010). *Comportamiento del electorado costarricense : elecciones del 2006*. San José: Editorial UCR.
- Raventós-Vorst, C., M. V. Fournier, O. Ramirez, A. L. Gutierrez and J. R. Garcia (2005). *Abstencionistas en Costa Rica: ¿quiénes son y por qué no votan?* San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Teixeira, R. A. (1987). *Why Americans don't vote: turnout decline in the United States, 1960-1984*. Nueva York: Greenwood Press.
- Treminio, I., Pignataro, A. (2019). El mito del voto joven: valores, religión y comportamiento en Costa Rica. En *Tiempos de travesía. Análisis de las elecciones del 2018 en Costa Rica* (Rojas, M. y Treminio, I. editores). FLACSO: 83-106.

Wattenberg, M. (1998). *Turnout Decline in the U.S. and other Advanced Industrial Democracies*. Irvine: University of California Irvine, School of Social Sciences, Center for the Study of Democracy.

Wolfinger, R. E. and S. J. Rosenstone (1980). *Who votes?* New Haven: Yale University Press.

Zuckerman, A. S. (2005). *The Social Logic of Politics: Personal Networks as Contexts for Political Behavior*. Philadelphia: Temple University Press.